

única de Espinosa : el alma y el mundo son absorbidos en Dios (1). ¿Qué falta en este espinosismo más que el nombre de Espinosa?

Tampoco ha faltado á Malebranche el nombre mal reputado del *miserable*. Un gran filósofo le llama el *Espinosa cristiano*. La frase de Hegel ha hecho fortuna ; M. Cousin la ha repetido (2). Caracteriza perfectamente la filosofía cristiana : ¿cómo ha podido un pensador soñar en armonizar una religion que se funda en la personalidad de un Dios hecho hombre con una filosofía que niega toda personalidad, tanto la de Dios como la del hombre? Preciso es acudir á la inconsecuencia para explicar cómo dos doctrinas, completamente opuestas, han podido reunirse en una sola cabeza. Hasta la inconsecuencia es difícil de concebir. Se comprende que los realistas de la Edad Media hayan sido á la vez filósofos y cristianos ; la palabra panteísmo apenas se había pronunciado, y no se conocía su funesta transcendencia. Pero despues de Espinosa no había ya medio de forjarse ilusiones ; era, sobre todo, imposible para un pensador que criticaba al filósofo holandés. Si, pues, Malebranche, á pesar de su horror hácia el espinosismo, es un *Espinosa cristiano*, es una prueba completamente evidente de que no tenía ninguna idea clara, ni en filosofía, ni en religion. Es el verdadero tipo de los que quieren conciliar el cristianismo y la filosofía ; se pagan de palabras. En este arte brilla Malebranche. ¿Cómo se llama un flujo de palabras que no tiene sentido? Bossuet lo ha dicho, es un galimatías. Vamos á ver si la palabra es demasiado dura.

II.

Malebranche es cristiano, y jamás se ha puesto en duda la sinceridad de sus creencias. Pero si es incontestable su buena fe, también es indudable que destruye los fundamentos de la fe cristiana. Acabamos de oír al filósofo cristiano criticar el espinosismo, cuando rebosa en él el panteísmo. Esta misma contradicción se ve

(1) COUSIN, en el *Diario de los Sabios*, Febrero, 1861.— DAMIRON, *Historia de la Filosofía en el siglo XVII*, t. I, p. 494 y sig.

(2) HERDER, *Geschichte der Philosophie*, t. III, p. 411.— COUSIN, *Fragmentos*, t. II, p. 167.

en sus opiniones teológicas. El siglo XVII se vió agitado vivamente por los debates de los jansenistas y de los jesuitas sobre la gracia. Malebranche escribió un libro sobre esta materia. ¿No debíamos esperar que un filósofo, un individuo del oratorio, tuviese una opinión decidida sobre el dogma fundamental del cristianismo? Sin embargo, el célebre Arnaldo le escribió : «¿Quién ántes que vos, queriendo explicar la gracia de Jesucristo y el mérito de las buenas obras, ha mezclado errores tan opuestos como los de Lutero y de Pelagio?... Vuestra doctrina es de Lutero y de Pelagio» (1). Jamás se ha dirigido más sangrienta censura á un filósofo que se creía teólogo muy ortodoxo. Lutero, digan lo que quieran los católicos, era el verdadero discípulo de Agustín, no cometía más que un error, y era el sobrepujar á su maestro ; ahora bien : ¿quién no sabe que el ilustre Padre de la Iglesia era adversario encarnizado de Pelagio? ¿Quién no sabe que en su larga lucha con el pelagianismo el gran doctor desarrolló su doctrina sobre la gracia? El debate era capital, porque se trataba de la existencia misma del cristianismo. Pelagio negaba ó aminoraba el pecado original, hasta el punto de que la encarnación de Cristo se veía comprometida. Para salvar el cristianismo, San Agustín exageró la falta del primer hombre, hasta tal punto, que se le ha acusado de destruir la libertad. Lutero, más lógico ó más exagerado que su maestro, la niega abiertamente. ¿Cómo un filósofo que se llama cristiano ha podido conciliar á Lutero, que niega la libertad, con Pelagio que la exalta? Sin embargo, la acusación de Arnaldo era fundada. Vamos á oír á Malebranche y á sus contemporáneos más ortodoxos ; lo que resultará de nuestra investigación será que el filósofo francés concilia el fuego con el agua lo mismo en religion que en filosofía.

¿Qué es lo que San Agustín opone incesantemente á Pelagio? Que la venida de Cristo no se concibe más que porque la naturaleza del hombre se haya corrompido por el pecado original ; en efecto, ¿para qué un reparador, si no hay nada que reparar? El Padre de la Iglesia pinta el pecado con los más negros colores ; cuanto más culpable es el hombre, más grande es el beneficio de

(1) DAMIRON, *La Filosofía en el siglo XVII*, t. II, 572.

su divino Salvador. Malebranche admite el pecado y la encarnación del Hijo de Dios, pero echando por tierra la doctrina de Agustín: «El pecado del primer hombre, que ha traído al mundo los males que acompañan á la vida, y la muerte que le sigue, era necesario, á fin de que los hombres, despues de haber hecho sus pruebas en esta tierra, fuesen legítimamente admitidos en aquella gloria, cuya variedad y órden harán la belleza del mundo futuro..... Ningun medio para hacer merecer á los hombres la gloria que un día han de poseer era comparable al de sumirlos todos en el pecado, para concederles la misericordia por medio de Jesucristo.» ¿No parece que el pecado es el mayor bien que ha podido sobrevenir á los hombres? Comprendemos el objeto del filósofo; quiere reconciliar la razón con un dogma que se opone á la razón; quiere hacernos ver un beneficio allí donde los enemigos del cristianismo no ven más que crueldad. Pero no tuvo más acierto como filósofo que como cristiano. Si la doctrina de San Agustín hace desempeñar á Dios un papel odioso, la explicación de Malebranche le añade el absurdo y casi el ridículo. ¡Cómo! ¡El mejor medio de hacer merecer á los hombres la gloria celestial es empezar por condenar al mayor número, y luego salvar algunos de ellos por la gracia de Jesucristo! ¡Jesucristo es Dios; luego es Dios quien, por salvar á algunos elegidos, pierde á la masa del género humano, y esto para hacer admirar su misericordia! Este Dios no es solamente el Dios-verdugo de la teología ortodoxa; es además un ser soberanamente egoísta, porque por él se ha visto todo el género humano envuelto en la caída de Adán, para poder así manifestar su gracia y su bondad infinita. ¡Y es él quien lo ha querido así, y para esto ha creado los hombres! ¡Admirad, pues, y amad á un Dios que condena á las tres cuartas partes del género humano, para que la otra cuarta parte restante se salve de la mejor manera! ¿No tiene razón Bossuet en llamar á esto galimatías?

Ya conocemos las escapatorias de la teología para conciliar la condenación de la inmensa mayoría de los hombres con la bondad divina. También pudiera calificárselas de galimatías. Para hacer comprender al lector los errores de Malebranche, necesitaríamos entrar en todas las sutilezas de la gracia, y mostrar que el filósofo reemplazó el galimatías ortodoxo por un galimatías que se llama

filosófico y que desagradó á todo el mundo; no satisfizo á la fe, puesto que chocaba con ella, y menos aún á la razón, que nada tiene de comun con la fe católica. Limitémonos á referir la severa censura de Fenelon; el lector preferirá creerle sobre su palabra, á meterse en el laberinto de absurdos que los teólogos han inventado para explicar aquellas horribles palabras: *Muchos son los llamados, pero pocos los escogidos*. El dulce, el indulgente Fenelon acusa á Malebranche de destruir todo el sistema de la gracia; le acusa de destruir el misterio de la predestinación, le acusa de dar un mentís á San Pablo, que sobre este insondable misterio exclama: ¡Oh profundidad de la sabiduría de Dios! En fin, Fenelon acusa á Malebranche de caer en el error de los semipelagianos al enseñar que las disposiciones naturales de los hombres determinan al alma de Jesucristo á rogar más bien por unos que por otros (1). En definitiva, el filósofo cristiano, que había proclamado como un axioma la identidad de la fe y de la razón, queda convicto de destruir la fe.

¡Valia la pena de rechazar la *falsa filosofía* de los libres pensadores, para llegar al mismo resultado! Esa *falsa filosofía* tiene al menos el mérito de mantener la independencia de la razón frente á la fe; iluminada por esta luz verdaderamente divina, se guarda bien de condenar á los hombres, á quienes Dios ha creado para la vida y no para la muerte. La filosofía cristiana, por el contrario, es tan absurda á los ojos de la razón como á los de la fe. Porque tiene que mantener las creencias de la Iglesia, y esas creencias, que por otro nombre se llaman misterios, son un reto al buen sentido. Oigamos á Malebranche. Se le opone que el Salvador deja perecer á los hombres á quienes ha venido á salvar, ó al menos que de ciento no salva más que uno. La objeción es seria; para un filósofo cristiano es una bagatela: «Jesucristo ha muerto por todos los hombres, aún por aquellos que perecen todos los días. ¿Por qué los pecadores no siguen los consejos de Jesucristo? ¿Por qué no se preparan á recibir la lluvia del cielo?» Si estas palabras tienen algun sentido, quieren decir que todo el mundo puede salvarse. Tal es efectivamente la opinión de la filosofía. ¿Pero es también la del filósofo cristiano? No se toma el trabajo de decirlo y no se atre-

(1) DAMIRON, *La Filosofía del siglo XVII*, t. II, p. 574, 575.

vería á pensarlo, porque sería semi-pelagiano, y por consiguiente condenado. Esto no le impide afirmar que Dios *quiere de véras* que todos los hombres se salven. Tal es la fórmula. Perfectamente. Pero si Dios quiere que todos los hombres se salven, ¿por qué no los salva? ¿Qué Dios es ese que *quiere de véras* y que no realiza lo que quiere? El Dios de los filósofos no cristianos, el Dios de la *falsa filosofía*, es más lógico y más caritativo: quiere que se salven todos los hombres y los salva (1).

Por más que diga Malebranche, es pelagiano; Fenelon y Arnaldo lo han probado hasta la evidencia. Pero es pelagiano inconsecuente, como es también filósofo inconsecuente. La inconsecuencia y la filosofía cristiana son sinónimos. Pelagio reivindica atrevidamente la libertad del hombre; es uno de los más enérgicos defensores de la individualidad humana: éste es su título de gloria. Puesto que Malebranche es pelagiano, debería también ser partidario decidido de la libertad. ¿Pero cómo había de reconocer la libertad siendo panteísta? No ha costado trabajo á Fenelon el probar que nuestro pelagiano ataca á la libertad. Si, como sostiene, el orden inviolable es de la esencia misma de Dios, no hay nada posible más que lo que el orden permite, por consiguiente que lo que es. En efecto, este orden inviolable es invencible; luego Dios es incapaz de querer y de poder nada que sea contrario á él; y como Malebranche añade á este primer principio el de que el orden exige que Dios haga siempre lo más perfecto que puede producir, se deduce que todo lo que está por bajo de lo más perfecto es absolutamente imposible. De donde se sigue que Dios no es libre y sus criaturas tampoco, puesto que no pueden obrar en ningún sentido contra la determinación del orden.

Arnaldo creyó deber refutar el *Tratado de la naturaleza y de la gracia*, en que Malebranche trataba de explicar la fe por la filosofía. Escribió á Nicole mientras estaba ocupado en su trabajo: «Cuanto más avanzo, más me admiro de los trastornos que estas imaginaciones metafísicas introducen en la religión.» Arnaldo, se dirá, es sospechoso como jansenista. Concedido, pero Bossuet no lo es. Es el último padre de la Iglesia: él nos dirá á dónde con-

(1) Véase sobre todo este debate *El Espíritu de M. Arnaldo*, t. I, p. 80 y sig.

duce la filosofía cristiana de Descartes y de sus discípulos. La primera lectura del *Tratado de la gracia* le inspiró, según dice, un verdadero horror; tan falsa, perjudicial y funesta le pareció la doctrina de Malebranche. Aquellas novedades filosóficas le asustaron. Lanzó un grito de angustia, y aquel grito de alarma era profético. En una carta á un discípulo del filósofo del oratorio escribe esta dura frase que nosotros hemos repetido: «No me acuerdo haber leído jamás un modelo de *galimatías más completo*.» Bossuet no se hubiera tomado el trabajo de censurar el lenguaje ininteligible del padre Malebranche, si éste no hubiera sido discípulo de Descartes: «Yo veo, dice, no solamente en este punto de la naturaleza y de la gracia, sino también en otros muchos artículos muy importantes de la religión, prepararse un gran combate contra la Iglesia, bajo el nombre de la filosofía cartesiana.» Bossuet mismo era cartesiano; no quiere admitir que Descartes sea culpable; cree que se entienden mal sus principios, lamenta que las consecuencias que se sacan de él contra el dogma le hagan odioso. En realidad, aquellas consecuencias se deducían lógicamente de los principios. «Bajo el pretexto, continúa Bossuet, de que no debe admitirse más que lo que se entiende con claridad, cada cual se toma la libertad de decir: Yo entiendo esto, y yo no entiendo aquello, y por esta razón se aprueba y se rechaza todo cuanto se quiere.» Bossuet hubiera querido limitar el principio de la evidencia á la filosofía pura, excluyendo de él á la teología; pero los principios y el espíritu humano no se dejan recortar de esta manera. «Se introduce, dice Bossuet, una libertad de pensar que hace que, sin respeto á la tradición, se diga temerariamente todo cuanto se piensa. Jamás se ha manifestado tanto este exceso como en el sistema de Malebranche, porque en él encuentro á la vez los inconvenientes de todas las sectas, y en particular los del pelagianismo.» Bossuet hace notar además otro hecho. El mal se difundía por la sociedad y allí estaba el gran peligro de lo que el obispo de Meaux censura enérgicamente como una herejía: «Esta palabra os extrañará, dice, pero no la digo sin motivo. Yo hablo ante los ojos de Dios, y teniendo presente su temible juicio, como un obispo que debe velar por la conservación de su fe. *El mal crece*. A la verdad, yo no veo que los teólogos se declaren en vuestro

favor; por el contrario, se levantan todos contra vosotros. Pero vosotros enseñais á los laicos á despreciarlos. O yo me engaño mucho, ó yo veo formarse un gran partido contra la Iglesia, y á su tiempo se manifestará si no se trata con tiempo de ponerse de acuerdo» (1).

Bossuet veía con claridad, y no exageraba el peligro; lo que él temía se ha realizado, y aún ha excedido sus temores. ¿Cómo se llama la tendencia del espíritu humano á comprobar el dogma con la razón? El racionalismo. En el momento en que Bossuet murió empezaba el siglo XVIII, y ¿qué es la filosofía del último siglo más que el racionalismo llevado hasta el exceso? El germen de este racionalismo tan fatal á la fe se halla en Descartes. Malebranche cultivó la semilla lo mismo que Espinosa. La oposición irremediable entre la filosofía y una religión que dice estar por encima de la razón, y que en realidad es contraria á la razón, se manifestó en Malebranche aún más que en Espinosa, porque el filósofo francés, en su imprudente confianza, quiso explicar los misterios del cristianismo por la filosofía. Ahora bien, la filosofía no puede tocar á la religión, cuando la religión pretende ser revelada, sin alterar la fe haciéndola racional. La filosofía, por más que se llame cristiana, á ménos que se limite á recitar el catecismo, procede de la razón y lleva invenciblemente á no aceptar más que lo que es conforme á la razón. En vano pretende la fe que es idéntica con la razón; en su esencia misma le es hostil. El cristianismo ó no es nada ó es la reprobación de la naturaleza; y si la reprueba, es porque la cree viciada por el pecado original; su objeto, y no tiene otro, es reparar la naturaleza decaída por la acción sobrenatural de la gracia. Todo es, pues, sobrenatural en el cristianismo, al paso que la filosofía trata de traer todo á la razón. ¿Cómo conciliar con la razón un dogma que se funda en un elemento sobrenatural? Tenemos siempre el círculo que quiere convertirse en cuadrado. La conciliación no se verifica más que trasformando los dogmas en verdades racionales; lo cual es el fin de la religión revelada.

(1) BOSSUET, *Correspondencia*, t. XVII, p. 154 y p. 203-205.

§ IV.—Leibnitz.

I.

Hé aquí otro filósofo que pretende conciliar la fe y la razón, el cristianismo y la filosofía: Leibnitz, genio superior á Malebranche, fracasa lo mismo que el filósofo francés. Nueva prueba de que la conciliación es imposible. Mientras se permanece en el séptimo cielo de las abstracciones, nada más cierto que la armonía de la fe y de la razón. Pero cuando se desciende del terreno de la teoría á la práctica, cambia la escena. Es preciso en ese caso preguntarse ante todo cuál es la fe que se armoniza tan perfectamente con la razón. Si se hubiese propuesto esta cuestión á Leibnitz, hubiera tenido dificultades para contestarla. Respecto á Malebranche, sabemos al ménos que es católico; ¿pero cuál era la religión de Leibnitz? No se sabe: unos dicen que era católico; otros, que era protestante; otros creen que no era ni lo uno ni lo otro, y tal vez éstos últimos tengan razón.

Los neocatólicos tienen afán por reivindicar los grandes genios para su Iglesia; como rara vez los poseen en vida, tratan de apoderarse de ellos después de su muerte; ¡Leibnitz católico! ¡Qué triunfo para el catolicismo! La alegría, como siempre, ha sido de corta duración. Leibnitz hallaba razones para todo; las encontró hasta para los dogmas católicos, por lo cual dicen que debía ser católico. El mismo nos dirá lo que es; escribió á Burnet en 1705: «Yo he explicado en gran parte ciertas opiniones de los doctores de la Iglesia romana contra las acusaciones exageradas de nuestras gentes. Pero cuando se ha querido avanzar más y hacerme creer que yo debía afiliarme entre ellos, les he demostrado que estaba muy lejos.» Hay pasajes completamente formales en la correspondencia con el landgrave de Hesse (1). En una obra póstu-

(1) LEIBNITZ, *Opera*, t. VI, p. 271.—ROMMEL, *Leibnitz und landgraf von Hessen*, t. I, p. 204-207.